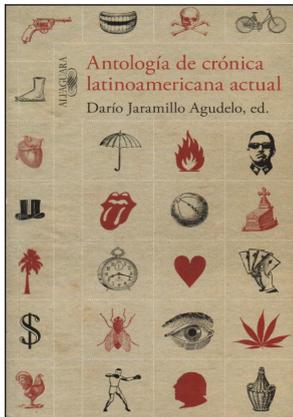


**Darío Jaramillo Agudelo, ed. *Antología de la crónica latinoamericana actual*. Madrid, Alfaguara, 2012. 650 pp.**

*A Miguel Ángel Rodríguez Lorenzo  
y Norbert Molina, contador y cuentero*

**Isaac López**



Especial auge en la edición y aceptación entre amplios sectores de lectores en todo el continente ha cobrado la llamada crónica literario-periodística. Autores emblemáticos como el brasileño Rubem Fonseca, el mexicano Juan Villoro, el chileno Pedro Lemebel, los argentinos Martín Caparrós y Leyla Guerreiro, o los colombianos Héctor Abad Facciolince o Alberto Salcedo Ramos, cuentan con una audiencia que sigue sus escritos con verdadera devoción. Para dar cuenta de la producción del género en toda América Latina el poeta e investigador Darío Jaramillo Agudelo recogió una *Antología de la crónica latinoamericana actual* que reúne algunos de estos y otros nombres para dejarnos una semblanza continental del fenómeno.

A Darío Jaramillo Agudelo (Antioquia, 1947) lo conocíamos —gracias a Gladys Teresa Niño Sánchez— por su labor extraordinaria de poeta, pero también es novelista, ensayista y compilador. Autor de *Poemas de Amor*, *Cuadernos de música*, *Del ojo a la lengua*, *Cartas cruzadas*, *Memorias de un hombre feliz*, *La voz interior*, *José Asunción Silva su mito en el tiempo* y *Poesía en la canción popular latinoamericana*,

entre muchos otros, aquí no sólo se encarga de seleccionar los textos que considera representativos de la crónica actual, sino también realiza una amplia y ajustada presentación donde expone los intentos de conceptualización, antecedentes, orígenes, características, temas y representantes principales. El autor afirma contundente:

La crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica. Sin negar que se escriben buenas novelas, sin hacer el réquiem de la ficción, un lector que busque materiales que lo entretengan, lo asombren, le hablen de mundos extraños que están enfrente de sus narices, un lector que busque textos escritos por gente que le da importancia a que ese lector no se aburra, ese lector va sobre seguro si lee la crónica latinoamericana actual. (p. 11)

Y más adelante señala: “*Los cronistas latinoamericanos de hoy encontraron la manera de hacer arte sin necesidad de inventar nada, simplemente contando en primera persona las realidades en las que se sumergen sin la urgencia de producir noticias.*” (*Idem*)

Para definir la expresión, Jaramillo Agudelo recurre a uno de sus padres y santones, el mexicano Carlos Monsiváis, quien expresó que la crónica era la: “reconstrucción literaria de sucesos o figuras, género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas”. Entre los antecedentes se señala a los cronistas de Indias, los cuadros de costumbres del siglo XIX y las crónicas de los modernistas, para irrumpir con fuerza en la segunda mitad del siglo XX con “clásicos modernos de la narrativa periodística” o de lo que también se llamó *nuevo periodismo*, como Gabriel García Márquez —quien en su recepción del premio Nobel en 1982 dirá que muy poco le pedirán a la ficción nuestros escritores ante la realidad de estos países—, Tomás Eloy Martínez, Elena Poniatowska, o Carlos Monsiváis, más otros de proyección nacional como Homero Alsina Thevenet, Enrique Raab, Germán Castro Caicedo, Daniel Samper Pizano, Ana Lydia Vega o Luis Rafael Sánchez, aquel de *La verdadera historia de Pedro Navaja*.

También se consigna la fundación con los nombres del nuevo periodismo norteamericano como Capote, Mailer, Talese, Thomas Wolfe, o John Hersey, además de cronistas europeos como Oriana Fallaci, Günther Walraff y Ryszard Kapuchinski. Pero el auge actual de la crónica lo emparenta Jaramillo Agudelo con el de revistas interesadas en su divulgación, entre otras *Gatopardo*, *El Malpensante* y *Soho* (Colombia), *lamujerdemivida* y *Orsái* (Argentina) *Pie izquierdo* (Bolivia), *Marcapasos* (Venezuela), *Letras Libres* (México), *The Clinic* y *Paula* (Chile).

Da relación el compilador de la disputa entre el periodismo convencional y el nuevo periodismo, en sus puntos álgidos como la contradicción objetividad-subjetividad. Asimismo trata del sujeto o los sujetos de la crónica, las formas de la crónica y las formas de hacer crónica, las motivaciones, el lenguaje, la exactitud, las predicaciones y moralejas, la dinámica y el horror por el aburrimiento, entre otros asuntos atinentes. Señala Jaramillo que: “Los grandes capítulos de la crónica latinoamericana son la violencia o la extravagancia. Quieres estar por fuera de la moral convencional para poder oír la voz del asesino, de la madama, de la niña utilizada como objeto sexual” (p. 45).

Y luego:

La crónica es la agente del mito popular, de la nueva estética kisch, de lo cursi, lo extravagante, lo envidiado. Sus protagonistas pueden ser el ídolo de multitudes, la cantante famosa, el futbolista estrella, el que haga alharaca. La crónica lo acepta como mito y ayuda a la mitificación. Pero también es el altavoz de la víctima. A la crónica le fascina la víctima. Y el espacio prohibido, gueto o secta, cárcel o frontera caliente. El momento del despelote, por terremoto o lluvia, por represión o mera y patética violencia para poder sobrevivir. La crónica suspira y desvive por encontrar las razones del asesino, sea el niño asesino o el presidente asesino, el terrorista asesino o la adolescente pistolera. (*Idem*)

También existen las crónicas sobre los padres de la crónica, sobre migración y pandillismo, delincuencia infantil y deportes, héroes de la cultura del espectáculo y gente de poder, historias de vidas, individuos o grupos, seres anónimos, insólitos, o expuestos a situaciones límite. Señala Jaramillo Agudelo que en otras ocasiones el hilo conductor de la crónica es un lugar, un rito o un hábito.

Esta *Antología de la crónica latinoamericana actual* se divide en dos partes, una titulada “Los cronistas escriben crónicas” con cincuenta y tres textos, y otra “Los cronistas escriben sobre la crónica” con ocho, y al final se incluye una reseña sobre los autores, echándose de menos alguna bibliohemerografía del tema. Expone el compilador al final de la presentación los criterios de su elección y los nombres que considera también pudieron estar en el reparto. Si bien es explícito al decir que el juicio se condujo por la calidad literaria, lecturas apasionantes, *historias inolvidables y espléndidamente escritas*, llama la atención que nombres como los de Alberto Salcedo Ramos, Martín Caparrós, Leila Guerreiro, Pedro Lemebel o José Navia se presenten con dos textos, mientras se siente la ausencia de algunos países

como Brasil, Cuba, o Puerto Rico, y de autores como por ejemplo el colombiano Héctor Abad Facciolince —a quien sin embargo se nombra entre *las injustas ausencias*— y el peruano Santiago Roncagliolo, a cuya pluma se debe una crónica atrapante sobre Abigael Guzmán y su movimiento mesiánico Sendero Luminoso titulada *La cuarta espada* (Debate, 2007).

Efectivamente, este libro recoge relatos extraordinarios, escritos espléndidamente. Narraciones que no permiten que se pueda soltar la lectura. Difícil una selección de los mejores. En lo particular entre los que más me gustaron y determinaron el atrevimiento de esta reseña, están los textos de Juan José Hoyos “Un fin de semana con Pablo Escobar”, de Martín Caparrós “Muxes de Juchitán” y de Leila Guerreiro “Un artista del mundo inmóvil”, que abren la antología. También: “Las joyas del golpe” de Pedro Lemebel, retrato magistral del sector que apuntaló la incursión de Augusto Pinochet en el Chile de 1973; “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas” de Alberto Salcedo Ramos, donde se muestra la experiencia de una localidad colombiana abatido por la violencia; “El mago de una sola mano”, en el cual otra vez Leila Guerreiro vuelve a enseñar sus dotes en la escritura con la historia de René Lavand y sus habilidades en el espectáculo; y “Código rojo” de la mexicana Laura Castellanos, quien presenta los avatares de la periodista Lydia Cacho, autora entre otros del libro *Esclavas del poder*, sobre el tráfico sexual de mujeres en el mundo, y fundadora de un albergue para víctimas de violencia doméstica en Cancún.

También de las mejores crónicas aquí recopiladas: “En qué semejante rasca” de Mario Jursich Durán, que trata de la historia del ron desde sus orígenes hasta nuestros días, enjundioso trabajo que sin embargo no toma en cuenta los destacados trabajos del historiador venezolano José Ángel Rodríguez sobre el particular; “La tormentosa fuga del juez Atilio”, donde Carlos Martínez D’Abubuisson narra las peripecias vividas por el magistrado a quien tocó dictaminar en la causa del asesinato de monseñor Oscar Arnulfo Romero en El Salvador; “Cromwell, el cajero generoso” de Juan Manuel Rojas que cuenta la historia de un cajero de banco peruano burlador de procedimientos administrativos y dilapidador de una gran cantidad de dinero en juergas y mujeres; “Armar la historia de Gloria” que sirve a Sabina Berman —quien posteriormente hizo la película— para acercarnos a la escandalosa y terrible historia de la hoy redimida cantante mexicana Gloria Trevi; “Los Acapulco Kids” de Alejandro Almazán se adentra al mundo de la prostitución infantil en el exótico y publicitado balneario; y “El imperio de la Inca” en el que Juan Titinger y Marco Avilés muestran los entresijos de la popular cerveza peruana en su permanencia en el gusto nacional frente

a las grandes marcas internacionales. Como puede apreciarse, es un mundo amplio y fascinante el de la crónica latinoamericana actual, que nos aporta compendiado magistralmente el poeta Darío Jaramillo Agudelo, para que nuestra deuda con él se acreciente aún más.

Venezuela está representada en esta antología con nombres fundamentales como Sergio Dahbar y Liza López, cuyo hacer es recogido aquí con narraciones sobre el monotema recurrente de los últimos diecisiete años del país. También se menciona a Sinar Alvarado entre los que cabría incorporar en otro tomo de crónicas, y de Boris Muñoz se escoge su texto sobre la escritura de crónicas “Notas desabotonadas”.

En nuestro país la crónica ha tenido destacados representantes en los distintos períodos señalados por Jaramillo Agudelo —la época de conquista y colonización del territorio, mediados y finales del siglo XIX, las primeras décadas y la segunda mitad del siglo XX—, aquí residieron, laboraron e hicieron escuela destacados padres del nuevo periodismo y la crónica periodístico literaria como García Márquez, Tomás Eloy Martínez o Isabel Allende. Además del importante espacio propiciado por periódicos como *El Nacional*, *El Diario de Caracas*, o *El Universal*. De allí que a nombres como los mencionados puedan sumarse entre las nuevas generaciones de cronistas, entre otros, a Milagros Socorro, Albinson Linares, Alfredo Meza, Willy McKey, Manuel Gerardo Sánchez —egresado de la Escuela de Historia de la UCV y responsable de la revista *Clímax*—, Jefferson Díaz, y Héctor Torres, quien ha hecho de la crónica todo un suceso, no sólo con sus magníficos textos sino también con la multiplicación de espacios para su confección y divulgación.

La recepción entusiasta de la crónica actual en Venezuela la han promovido, entre otros periódicos y revistas como *Marcapasos*, *Prodavinci*, *Clímax*, o *El Cambur*. Sin dejar de mencionar también la degeneración y vulgarización del género con productos como “A ese muchacho lo van a matar” de María Angélica Correa, y “Sangre sobre el diván” de Ibellise Pacheco, marcados por el morbo y el escándalo de hechos terribles de la vida nacional, que sin embargo han gozado de masiva aceptación nacional e internacional, tanto como para llevarse a piezas de teatro, películas y series de televisión.

Frente a este auge de la crónica periodística literaria y su evidente relación con el relato histórico, cabría preguntarse si los historiadores tendremos la habilidad de fortalecer una tendencia de la crónica histórica que logre sumar los méritos de amenidad, gracia y terror al aburrimiento que distingue a aquella. Creo que sobran las muestras para afirmar una posibilidad

destacada de actuación de las jóvenes generaciones en ese terreno, siempre desde la mayor exigencia y no desde el ansia de figuración que permea la profesión en estos días perros. Allí un espacio que todos debemos aprovechar en la permanente preocupación que señalaba Mariano Picón Salas de una historia también para el gran público y no sólo para especialistas y eruditos.